

LA MOCHILA DE FIQUE

Aspectos tecnológicos, socio-económicos y etnográficos

Por ALICIA DUSSAN DE REICHEL

En toda la Llanura del Caribe, un elemento típico de la indumentaria del campesino costeño es la mochila tejida de fibras de fique. Teñida en vivos colores que la adornan en bandas transversales, este humilde artefacto se encuentra en todos los hogares, campos y caminos, destinado a un sinnúmero de usos diarios. En la mochila el trabajador lleva el pedazo de queso, la panela y los tabacos cuando va a sus faenas del campo; en ella se traen las compras de la tienda o los frutos del sembrado; ella es el carriel de los escolares, la maleta del viajero, el baúl del pobre. En todas partes por donde se vaya en la Costa, la mochila cumple su función sencilla pero esencial.

Estas mochilas son parte de la herencia cultural indígena que el pueblo colombiano recibió de los aborígenes, junto con tantos otros elementos sin los cuales la vida campesina o ciudadana sería difícil de imaginar. En la Sierra Nevada de Santa Marta las diversas tribus que aún sobreviven en las faldas montañosas han manufacturado estos utensilios desde tiempos inmemoriales, y de aquellos indios aprendieron los criollos la utilización de la materia prima y la técnica de su elaboración. En la actualidad, la gran mayoría de todas las mochilas que se usan en la Costa y que se exportan al por mayor hacia el interior del país, y aun hasta Panamá, se manufacturan en algunas pequeñas poblaciones mestizas situadas al pie de la Sierra Nevada de Santa Marta, y no lejos del territorio indígena. Los centros de esta industria casera son Atánquez y La Sierrita, junto con los pequeños caseríos o "retiros" que forman los Corregimientos respectivos. Todas estas poblaciones se encuentran en las estribaciones orientales del macizo, zona seca y caliente, que es muy propicia para el cultivo del fique, planta que constituye la materia prima.

El fique o *maguey*, como se le llama localmente (*Agave americana*), se cultiva en cantidad, y sus fibras son la base de la industria casera del tejido de mochilas y hamacas, estas últimas llamadas localmente *chinchorros*. Los especialistas del Gobierno, enviados a esta zona para fomentar el cultivo, distinguen dos variedades de fique: el *maguey de Castilla*, que carece de espinas, y el *maguey uña de águila*, el cual posee espinas. Pero localmente la gente distingue seis clases diferentes: *hayalero*, *zancón*, *panchito*, *maguey de agua*, *maguey de punta*, *punta redonda* o *áspero*. El *hayalero* dicen ser la variedad más apropiada para el tejido.

La mata de fique comienza a producir a los cuatro años, y crece en suelo seco, arenoso; necesita de pocos cuidados, con excepción de que sus alrededores inmediatos se deben limpiar ocasionalmente de maleza, para que las hojas se puedan extender lateralmente al crecer. En el Corregimiento de Atánquez están cultivadas más o menos sistemáticamente con fique unas cien hectáreas, y muchos dueños de rozas tienen al menos una hectárea con esta planta. Además, centenares de plantas crecen a lo largo de los caminos, en las laderas, en los patios de las casas y en las calles del pueblo; casi cada casa tiene a pocos metros de distancia unas matas de fique. Pero todas y cada una de ellas, hasta las que crecen en las calles o están regadas por las sabanas, tienen sus respectivos dueños. Cerca de 50.000 plantas se pueden calcular para la región de Atánquez, pero solamente una parte de ellas se explota actualmente. La producción anual potencialmente podría ser de 50 toneladas de fibra, pero en realidad escasamente se extraen unas 10 toneladas.

Tan pronto como las pencas inferiores empiezan a extenderse horizontalmente sobre el suelo y les aparecen algunas manchas en la superficie, esto indica que están "maduras", y entonces se cortan para elaborarlas. En una planta nueva en el primer corte, sólo se cortan unas doce pencas, y en el próximo corte, que se efectúa después de unos ocho meses, se cortan unas veinticinco, lo cual se repite de ahí en adelante una o dos veces al año, según la variedad y calidad de la planta. Un hombre puede cortar de 1.000 a 1.500 pencas diariamente; con un solo golpe de machete va cortándolas, una por una, cerca del tronco, y comenzando por las de abajo. Luégo levanta cada penca con la mano izquierda, sosteniéndola verticalmente, y con dos cortadas paralelas desprende el borde espinoso de la hoja.

Las pencas deben utilizarse estando aún frescas. Después de llevarlas en un burro al pueblo, hay dos maneras de poder extraer la fibra. La técnica aborígen es la siguiente: una tabla de madera, gruesa, de 1.50 mts. de largo, aproximadamente, se pone en el suelo, apoyando uno de sus extremos sobre una piedra. Luégo se coloca la penca longitudinalmente sobre la tabla, dejándola ligeramente saliente sobre el extremo más levantado de la tabla y colocando la base de la penca entre la tabla y la piedra. Pisando con un pie el extremo de la tabla, se mantiene fija la penca, y entonces ésta se raspa con una paleta larga de madera dura, llamada "la macana", hasta que sólo queden las fibras amarillas. Ya que hay que voltear la penca para que quede limpia por ambos lados, este proceso es demorado y se gastan como diez minutos para cada penca. Ya que muchas personas, que luégo utilizan las fibras, no quieren desfibrar personalmente las pencas, pues que este trabajo se considera como pesado y propio de personas de muy bajo status social, muchos prefieren contratar a otro para que lo haga. El siguiente arreglo se hace comúnmente: el dueño de la fibra recibe la tercera parte, mientras que el hombre que desfibra toma dos terceras partes del producto.

La otra técnica de desfibrar es moderna. Actualmente hay en el Corregimiento tres máquinas desfibradoras de motor, que son propiedad del Gobierno. El uso de ellas es gratuito, con excepción del combustible, el cual debe ser costeado por los que las usan. Una de estas máquinas está localizada cerca del pueblo, mientras que las otras dos están cerca de las regiones donde se concentran los principales sembrados de fique. Usando estas máquinas se emplea un minuto en desfibrar una penca y se desperdician menos fibras que con el método primitivo que acabamos de describir. En una hora se pueden desfibrar unas 150 pencas, y dos hombres trabajando juntos alcanzan a desfibrar en el día unas 1.200 pencas. Se gasta un galón de combustible para 2.000 pencas, lo cual, junto con el aceite para lubricar, suma cerca de \$ 1.30.

El próximo paso consiste en lavar y secar las fibras. Una vez más se cargan en un burro y se llevan ahora al río o a un arroyo donde las fibras se mojan y se lavan por varias horas. Cuando están limpias, se vuelve al pueblo, donde se cuelgan luégo en cuerdas o en largas varas, para secarlas al sol durante un día. Al próximo día se recogen y se apalean con un mazo de madera para ablandarlas y para separar una por una las fibras. Una vez que se ha

hecho esto, se guardan en la casa, colgadas de una viga del techo, hasta el próximo paso de su proceso de elaboración. Un centenar de pencas producen lo que se designa como una "cabeza", lo que equivale a un kilo de peso, aproximadamente. La variedad de pencas largas llamada *hayalero*, se dice que produce de cada diez pencas una libra.

Ahora las fibras están listas para hilarlas. Para este proceso se utiliza la *carrumba*, instrumento en forma de berbiquí, con una rueda giratoria de madera. Esta última está atravesada por un largo y delgado eje de madera dura ("palito de en medio") que gira en su parte inferior, dentro de un pequeño marco de madera constituido por dos listones laterales y dos cortos pedazos de madera ("madrinas" y "cepos") que unen sus extremos. Las fibras se amarran al extremo del eje saliente de la rueda, y este eje se pone luego en rápida revolución, haciéndolo girar por medio de una varita a cuyos extremos se ha atado una cuerda floja. En la manufactura del hilo ("cabulla") colaboran generalmente tres personas: la primera "arranca", es decir, saca del madejo pequeñas cantidades de fique y las pasa a la segunda, quien "empata" uniendo las fibras que van pasando al eje; la tercera persona "hila", es decir, maneja la *carrumba*. Esta última va caminando lentamente hacia atrás, y el hilo, en torsión de Z, se va enrollando en forma de bola sobre el eje en cuyo extremo está insertada una traviesa, que impide que la bola de hilo se salga.

Una libra de fibras se puede corchar así aproximadamente en dos horas, trabajo por el cual se pagan 40 centavos. Cuando se termina de corchar, la pequeña pieza en forma de traviesa se quita y la bola se desliza por el eje de la rueda. El proceso se repite ahora, esta vez corchando dos hilos para formar uno solo, en torsión de S. Haciendo un movimiento en sentido opuesto, el eje enrolla ahora los dos elementos en un hilo doble. Para una libra de hilos, el repetir la corchada toma aproximadamente media hora, y el trabajo de hacerlo también vale 40 centavos. Tres personas hilando cuatro horas producen poco más o menos $1\frac{1}{2}$ libras de hilo para mochila o 3 libras de hilo para hamacas, trabajo que se paga al precio anotado arriba.

Luego los hilos se tiñen. Hasta hace poco sólo se usaban tintes hechos localmente, y la gente pobre aún emplea algunos de origen vegetal: *batatilla* para el amarillo; una liana llamada *chिंगisa*, para el rojo; las hojas de un árbol llamado *morado*, para

este mismo color, y las de otro llamado *morito*, para producir un color amarillo claro. A veces se tiñe también con palo brasil para obtener rojo oscuro, y para producir negro se cocina un pedazo de hierro oxidado en la tinta de este árbol. Para obtener un color verde se combina la batatilla con el *azul* que se usa para la ropa blanca. Pero comúnmente se utilizan hoy en día anilinas baratas que se compran localmente en las tiendas, a 50 centavos la onza. De 20 a 25 centavos de polvo de anilina se emplean en teñir una libra de hilos. Una vez teñido y secado el hilo, se devana en grandes bolas y queda listo para tejer mochilas.

Para el tejido se utiliza una gruesa aguja de acero. La mochila se comienza formando en una técnica de simples guirnaldas, un pequeño disco denominado *chipire*, que va creciendo en espiral, haciendo una vuelta con "crecidos", es decir, con aumentos; una vuelta sin "crecidos", luego otra con, y así sucesivamente. Así se forma la base de la mochila, que es un cuerpo semiesférico, y luego se tejen las paredes ("pañó"), para lo cual se hacen algunas disminuciones en la parte baja. Añadiendo, según el caso, hilos de diferentes colores, se producen franjas horizontales con vivos contrastes. El borde superior de la mochila, llamado la "boca", se termina por medio de grandes guirnaldas dobles, enlazadas. La manija de la mochila o "gaza" tiene un largo que se calcula desde el hombro izquierdo hasta la punta de los dedos de la mano derecha, teniendo el brazo estirado. Para tejer la manija, la persona se sienta en el suelo, con las piernas estiradas, amarrando un gajo del hilo en el dedo gordo de un pie; primero el hilo de la orilla se entreteje en un lado, luego se separan en dos gajos, y este movimiento entreteje los elementos, de modo que se forma una faja de trenzado múltiple.

Para las mochilas destinadas a la venta al por mayor se utiliza una puntada ("lazada"), de simples guirnaldas, y sin emplear nudos. Mochilas para uso particular, en cambio, o tejidas por encargo especial, se tejen frecuentemente con puntadas más complejas, que generalmente se designan con términos indígenas (Figura 1).

Hay mochilas de diferentes dimensiones. El tamaño normal y comercial es aproximadamente de 35 cms. de largo por 25 cms. de ancho en la abertura. Grandes mochilas, llamadas localmente *mochilones*, sirven para llevar cargas pesadas, y en ellas se emplea casi siempre la técnica de "lazada", denominada *medio-súsu*.

Para que no se salga el contenido, alrededor de la boca tiene una *cosedera* o cuerda corrediza, que la cierra.

La producción promedia es de una mochila diaria por persona, sean mujeres o niños, pero algunas gentes que trabajan constantemente un mínimo de cinco horas diarias, pueden lograr hacer una y media mochilas diarias. Poco más o menos se usan 4 onzas de hilo para cada mochila. Resumiendo, para una mochila comercial de tamaño normal, que se vendía en 1953 a 40 centavos, se emplean 4 a 5 horas de trabajo y unos 5 centavos en anilina, dejando una ganancia de 35 centavos, en el caso de que el trabajo se efectúe en colaboración con otros miembros de la familia y que la materia prima sea de cultivos propios.

Algunos hombres tejen mochilas, pero cerca de 250 mujeres y niños mayores de todas las clases sociales y económicas hacen mochilas diariamente, durante todo el año. La producción total mensual es de unas 6.000 mochilas. Las tiendas locales compran estas mochilas a 40 centavos cada una, y las revenden por mayor en las ciudades y pueblos de las tierras bajas, de donde nuevamente se revenden para grandes zonas de la Llanura del Caribe.

Bien puede decirse que la manufactura casera de mochilas es la base de la economía familiar. Tanto el café como la caña de azúcar, la ganadería u otras actividades económicas locales, dan entradas ocasionales, pero la industria de las mochilas es la base de la vida para la mayoría de la gente del pueblo. Durante la cosecha del café, las mujeres podrían ganar mucho más dinero, pero la mayoría prefiere quedarse en casa y no interrumpir su producción de mochilas. Las deudas en las tiendas, por telas, zapatos, etc., se pagan frecuentemente con mochilas, y no en efectivo; los dueños de la mayoría de las tiendas insisten en esta forma de pago.

Aproximadamente, hasta hace unos veinte años, los hombres eran también activos tejedores de mochilas, pero actualmente sólo los pobres se dedican a esta actividad, y hasta tratan de ocultarla de forasteros y de personas que en el pueblo ocupan un status alto. El hecho de que los hombres dejaran de tejer fue debido a la construcción de una red de carretables que conectó los pueblos de las tierras bajas el uno con el otro, y que puso en contacto más estrecho a los poblados de tejedores con los centros urbanos. Transportes en camiones, el radio, el cine, etc., transformaron rápidamente las actitudes de las gentes de los pueblos de las tierras bajas, quienes entonces comenzaron a ridiculizar a los habitantes de

los pueblos aislados, designándolos como “indios que aún tejen mochilas”. Esto causó que los hombres de Atánquez abandonaran súbitamente el tejido, trabajo que desde entonces se convirtió en tarea femenina o infantil. Típicamente, cuando se les pregunta directamente, los hombres dicen que tienen que trabajar en los campos, y que no vale la pena tejer, a causa de lo bajo de los precios de la mochila, pero tarde o temprano admiten que se sienten apenados de ser vistos tejiendo “como cualquier india vieja”.

Poco tiempo después de la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno inició una campaña para fomentar la industria del fique en pueblos como Atánquez, y el objetivo principal de esta empresa consistía en animar a la gente a tejer sacos grandes de fique para el transporte del café. Para este fin, el Gobierno envió técnicos a los diversos centros de producción de artículos de fique, para llenar esta necesidad nacional. Colombia, cuyo sistema económico depende en gran parte de la exportación de café, necesita millones de sacos para su transporte, y así el Gobierno deseaba coordinar la industria local casera del fique, con la demanda por sacos. Para comenzar, tres desfibradoras de motor, hechas en Alemania, fueron compradas por el Gobierno para Atánquez, así como algunos telares sencillos y prácticos. Se hicieron, por iniciativa de los técnicos, nuevos semilleros de las variedades más indicadas (*hayalero*), y con la ayuda de las autoridades locales y el magisterio, los técnicos del Gobierno se empeñaron en fundar una cooperativa agrícola (“Sociedad de Agricultores”), para estimular el interés y la eficacia de la campaña. Los afiliados a esta sociedad solamente debían pagar mensualmente una cuota de 50 centavos, para reunir un fondo de donde se pudiera cubrir el costo del combustible, que al comienzo fue suministrado gratuitamente por el Gobierno: 100 galones de combustible y 15 galones de aceite. Al terminarse este suministro, las personas que utilizaran las desfibradoras deberían pagar por el combustible empleado por ellas. Además, el Gobierno ofreció comprar todos los sacos que se manufacturaran, al precio fijo de cuatro pesos el par. Ya que cada persona podía manufacturar una docena de sacos diarios en el telar, parecía que esto significaría una mejor entrada mensual y una notable mejora del nivel económico de la población.

Aunque el Gobierno gastó en este proyecto dinero, tiempo y esfuerzo considerable, éste desde el comienzo estuvo llamado al fracaso en Atánquez. Todos los planes para este proyecto se ha-

bían trazado en la capital, sin ningún estudio previo de la situación socio-económica local, y sin adaptar la campaña a las condiciones culturales prevalentes en el pueblo. En primer lugar, no llegaron al mismo tiempo las desfibradoras, los telares y el personal técnico. Los telares fueron los primeros en llegar y archivar, de manera que cuando por fin llegó la maquinaria, los telares de madera estaban ya podridos e inutilizables. Mientras que se compraron otros telares nuevos, la maquinaria de las desfibradoras se dañó, y no se pudieron conseguir repuestos alemanes, por motivo de la guerra. Pasaron los años, hasta que finalmente dos desfibradoras inglesas se instalaron.

Los técnicos del Gobierno no sabían o no se interesaron en darse cuenta de que tejer es una actividad femenina, según las costumbres locales, y orientaron su campaña hacia los hombres, para enseñarles a tejer sacos. Aunque esto contradecía la división local de trabajo, algunos hombres mostraron interés en el proyecto y comenzaron a cooperar. Pero pronto abandonaron su labor, por razones obvias. El proceso de tejer sacos consistía en lo siguiente: dos hombres tenían que trabajar juntos para cortar de 1.000 a 1.500 pencas en un día, y gastar otro día en transportarlas a la desfibradora. Otro día se gastaba desfibrando, y al día siguiente lavándolas y secándolas. Después de llevar las fibras a la casa otra vez, se gastaban cinco días antes de comenzar a hilar, lo cual duraba otros días más. En poner la urdimbre se empleaban dos o tres días, y así se pasaban casi dos semanas antes de comenzar la producción. Ya que las mujeres y los niños tenían que ayudar en todo este proceso, la familia carecía de entradas durante todo este tiempo.

Al final del mes el tejedor vendía su producto al agente del Gobierno, y en cambio recibía de 100 a 200 pesos, una suma comparativamente muy elevada. Para gentes que durante su vida habían estado acostumbradas a vivir de entradas diarias de menos de un peso, la distribución de 100 pesos se convertía en un problema difícil. Tan pronto como un hombre se veía en posesión de tal suma, se decidía a comprar ropa nueva, a viajar al próximo pueblo, a invitar amigos, y pronto se gastaba la plata, dejando a la familia sin nada para el resto del mes. De esta manera se desequilibraba por completo la economía familiar, y la gente se dio cuenta de esto. Ya que no sabían adaptar su concepto económico a las nuevas pautas de trabajo, ganancia y distribución, simple-

mente rehusaron tejer sacos y prefirieron la vieja seguridad acostumbrada, del tejido diario de mochilas.

Pero también hubo otras razones para este fracaso. Muchos hombres consideraron humillante que los vieran tejiendo, mientras que algunas mujeres juzgaron el tejer en telares como un trabajo físicamente duro para ellas. Los grandes telares ocupaban, además, demasiado espacio en las casas, y nadie quería poseerlos porque esto requería un cuarto o abrigo adicional. Además, la gente rehusó pagar su cuota a la cooperativa y se quejó de que el Gobierno no continuara dando gratis el combustible. La envidia también entró en juego; no todos podían tener un telar, sino aquellos que tuvieran suficiente materia prima, mano de obra y capital. Nuevos factores de prestigio se introdujeron así, y la gente sospechaba que los dueños de telares despreciarían a los que no los tuvieran. Finalmente, se llegó a tal punto, que los habitantes del sector más acomodado de la población opinaron que los pobres, que no tomaban parte en las actividades de la campaña, eran “indios perezosos”, y los así llamados reaccionaron diciendo que los ricos estaban pagados por el Gobierno y que sólo querían “esclavizar al pobre”. De esta manera, la cooperativa se disolvió, los telares se archivaron definitivamente, los técnicos se fueron y los semilleros se abandonaron. No obstante, las desfibradoras quedaron funcionando, y fueron, al fin y al cabo, el único elemento de la campaña que se incorporó a la vida de la población. Pero el uso de estas máquinas se convirtió también en asunto de prestigio, ya que sólo los que podían pagar el combustible podían aprovecharlas. En la actualidad se considera más “civilizada” esta técnica que la tradicional con la *macana*, y se mira por lo bajo a los “pobres sacadores de maguey”, los cuales aún continúan desfibrando a mano. Aunque las mujeres se quejan de que las fibras sacadas en la desfibradora de motor no son tan suaves y limpias como las sacadas a mano, los hombres impusieron el uso de las máquinas de desfibrar, ya que en la creciente lucha por prestigio y status, este elemento ofrece una posibilidad continua de reafirmar el “progreso” de la persona. Por otro lado, fue imposible para las gentes pobres su aprovechamiento, y éstas han quedado en un nuevo dilema, ya que al desfibrar a mano se identifican ellas con la clase más baja. Como consecuencia, gran cantidad de gente que no puede hacer el gasto que implica la desfibradora, deja decaer

sus cultivos de fique y prefiere entonces comprar las fibras ya limpias a otros que las han desfibrado en la máquina.

No obstante estos cambios y transformaciones que el tejido de la mochila ha sufrido, desde su primera adopción de los indígenas, esta industria casera sigue siendo una actividad de máxima importancia para la vida de muchas pequeñas poblaciones. Pero no sólo se trata aquí de un producto comercial que se manufactura en masa, sino que también el tejido es una auténtica expresión del arte popular. Muchas de la mochilas de uso personal se destacan por sus finas y complejas técnicas de manufactura, así como por la simetría y colorido de sus diseños. Entre los actuales indios de la Sierra Nevada de Santa Marta, el clan al cual pertenece una persona se exterioriza por cierto dibujo o color de la mochila que lleva. En Atánquez esta tradición no ha desaparecido del todo, y todavía se observa una asociación entre ciertas familias que se dicen ser de descendencia indígena y los motivos que entretejen en las mochilas de su uso personal. En la Figura 2 se ilustran algunos de estos motivos que caracterizan aquellas familias. Es evidente, sin embargo, que este rasgo está en vía de desaparecer, al paso que aumenta la comercialización de las mochilas y la creciente influencia de los centros urbanos vecinos.



Proceso de secamiento del fique.



Proceso de elaboración del fique.



Carrumba: instrumento para el hilado del fique.



Plantación del fique.

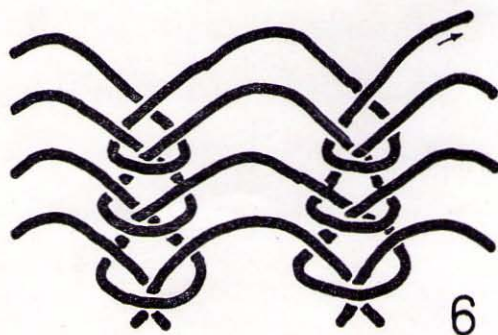
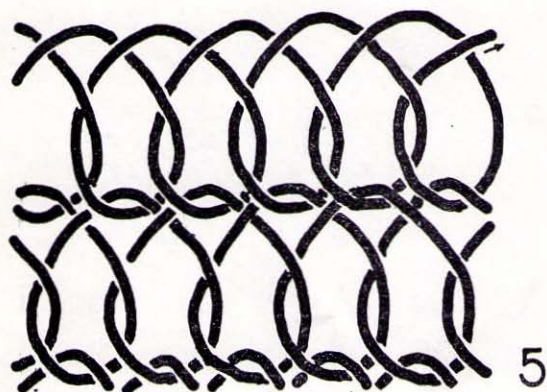
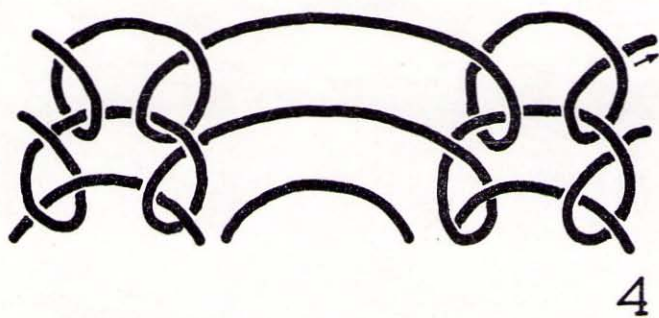
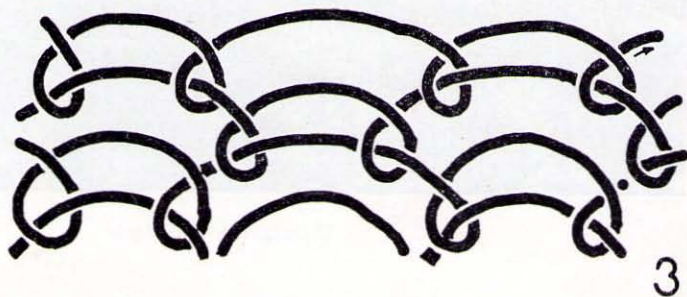
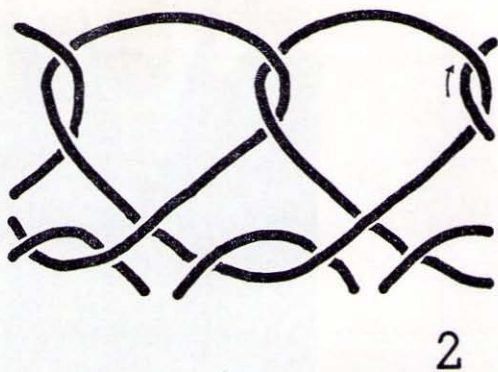
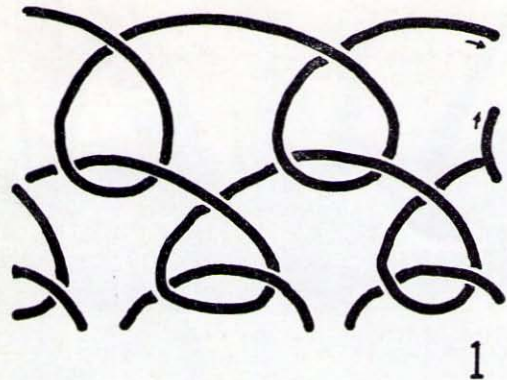


Figura 1. — Técnicas de tejido.

- 1) "Lazada común". 2) "boca sencilla". 3) "Tres puntadas".
4) "Medio-súsu". 5) "Chípa-súsu". 6) "Chicuama-súsu".

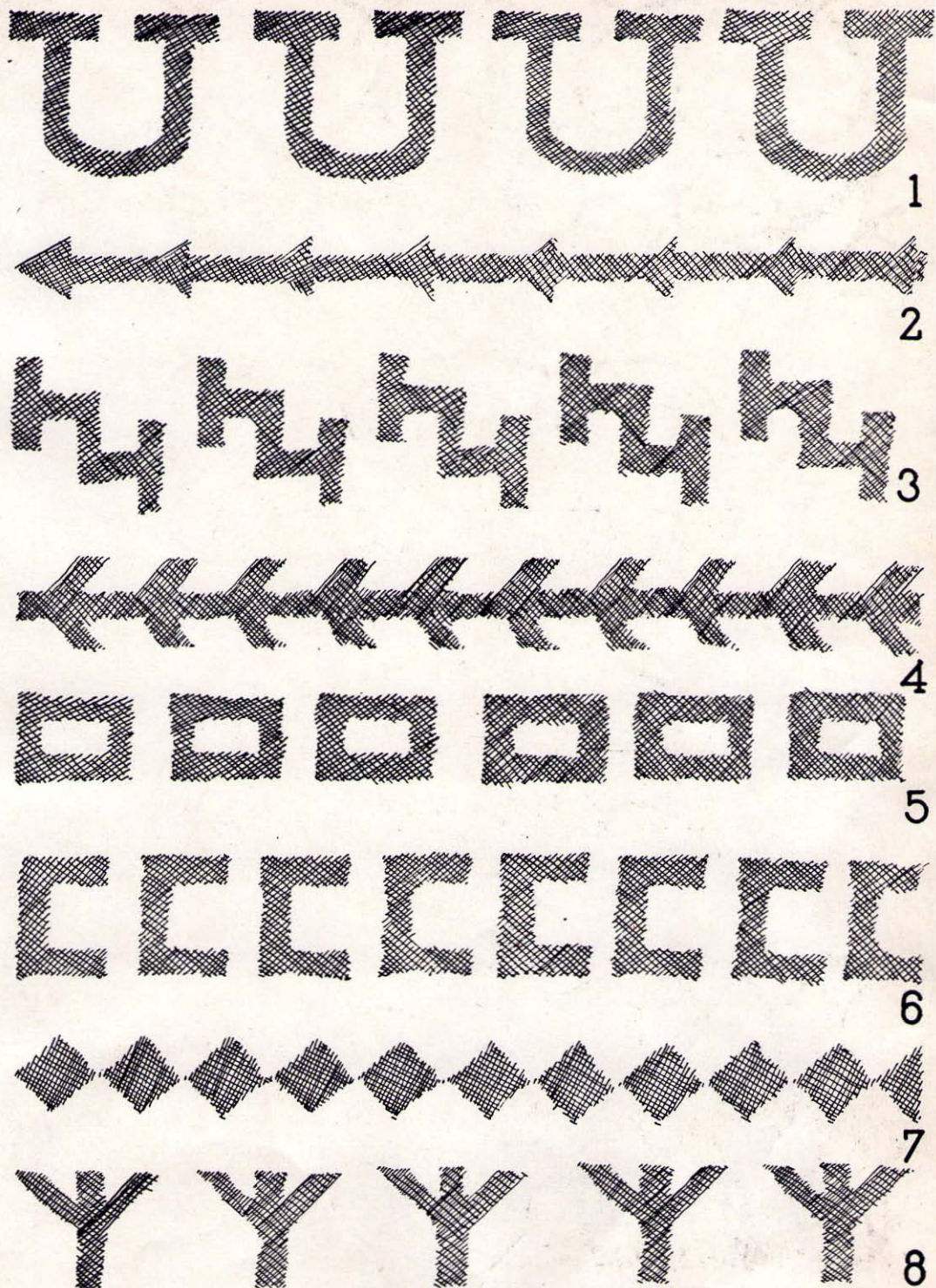


Figura 2. - Motivos entretejidos.
 1) "Cambiro derecho". 2) "Paletilla". 3) "Cambiro volteado".
 4) "Ramitas". 5) "Lotería". 6) "Banco". 7) "Alfombra".
 8) "Pata de gallina".



Fabricación y tejido de la mochila.



Mochila de fique.